

Sin condiciones

MAITE PAGA ZAURTUNDÚA RUIZ

La Iglesia católica holandesa pide perdón, impresionados y avergonzados sus componentes, por el contenido de un informe en el que se reconoce que hasta ochocientos sacerdotes y monjes pudieron realizar algún tipo de abuso bajo el manto de su ministerio. Al parecer, sólo sobrevive un centenar de quienes cometieron tales monstruosidades. La jerarquía eclesiástica, predominantemente, no quiso enseñar los trapos sucios. Mantuvo silencio. Mantuvieron silencio también muchos que no quisieron ver, aunque todavía menos escuchar, porque resultaba incómodo buscarse problemas con una entidad tan introducida en relevantes ámbitos de la sociedad.

Hay formas de abuso especialmente mons-

truosas porque quien los comete tiene consigo la solidaridad de un grupo. Cuando el acosador pertenece a un grupo con poder político o ideológico, cuando actúa el prestigio de las grandes ideas que se comparten de forma sagrada o casi sagrada en un determinado espacio social o territorial, la víctima es estigmatizada dos veces si se atreve a hablar. Los rumores, las maledicencias, las justificaciones se transmiten generando un tupido manto de autoengaño comunitario. Se establecen tabúes muy perdurables.

El silencio envuelve la actividad del acosador para poder obligar a la inexistencia social y judicial de la víctima y el acoso puede quedar, por tanto, impune. En el sistema de abusos consentido cobardemente también en Holanda y por el que los responsables ecle-

siásticos piden perdón, ha transcurrido mucho tiempo, y han quedado penalmente impunes los delitos y la brutalidad. Y el dolor moral. Han quedado, con todo, impunes del reproche social la mayor parte de los sujetos responsables, pues han fallecido ya. Tal vez por eso los representantes de los que fueron consentidores enfocan ahora la cuestión sin una segunda capa de inmunización sobre el alcance del horror y de la responsabilidad de quienes aceptaron lo más conveniente, lo menos incómodo para la comunidad.

Tal vez por eso a la Iglesia holandesa no se le ocurre pedir que se le quiten subvenciones a grupos de apoyo de las víctimas. Sería un grandísimo escándalo. No se les ocurrirá pedir perdón estableciendo condiciones a la sociedad, con peregrinas maneras de neutralizar a las víctimas causadas o hablar de los familiares de los acosadores como víctimas que sufren mucho. Nadie les creería. No intentarán establecer condiciones con palabras dulzonas para establecer amablemente el tabú férreo de la justicia: o no les ha hecho falta, o tal vez, por fin, están horrorizados. Las claves para evaluar son también aquí: verdad, justicia y memoria.